

2. COMUNICACIONES

EL ESPÍRITU SANTO EN LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

JOSÉ MARÍA CASCIARO

LOS TEXTOS DE LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS RESPECTO AL ESPÍRITU SANTO

Los biblistas actuales están de acuerdo en que antes de que la comunidad cristiana emprendiera una elaboración de la doctrina sobre el Espíritu Santo, éste era para ella un dato de experiencia¹. Sobre esta base se han de entender las expresiones neotestamentarias². Una lectura de la literatura teológica y exegética actual muestra que la inmensa mayoría de los estudios sobre el Espíritu Santo en el NT, incluidos los documentos del magisterio ordinario de la Iglesia, contemplan preferentemente el Evangelio de Juan, el libro de los Hechos de los Apóstoles y los escritos del *corpus* paulino. Los sinópticos, a excepción de los relatos de la anunciación a María y del bautismo de Jesús, son evocados sólo como un complemento del delineamiento sacado de los otros escritos mencionados. En los estudios exegéticos es casi un tópico la estimación de que los sinópticos son muy parcos en hablar del Espíritu Santo. Tal apreciación es verdad en líneas generales, pero necesita ser matizada.

Mirados desde el punto de vista de los datos que aportan acerca del Espíritu Santo, los sinópticos presentan, en mi entender, dos clases de textos: 1) los que narran el ministerio público de Jesús y 2) los que se refieren a su nacimiento e infancia, a su bautismo y a las tentaciones en el desierto. En una primera valoración, podemos apreciar que los textos del primer nivel son, efectivamente, muy parcos en las alusiones al Espíritu Santo: puede decirse que presentan una gran fidelidad a lo que los testigos oyeron de la predicación de Jesús y a la transmisión de

1. Breve síntesis R. KOCH, voz «Espíritu», en J. B. BAUER (dir), *Diccionario de Teología Bíblica*, Ed. Herder, Barcelona 1967, cols. 347-350.

2. Cfr. E. SCHWEIZER, voz πνεῦμα, en G. KITTEL-G. FRIEDRICH (dir), *Grande Lessico del Nuovo Testamento* (edic. italiana del *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*), Paideia, Brescia 1975, vol. 10, cols. 946-947.

lo que vieron en su actuación; en líneas generales raramente aplican, mediante una especie de analepsis, su visión de la fe pospascual a los episodios que relatan; en otras palabras, su interpretación, al menos explícita, es mínima. En cambio, en la segunda serie de textos, los relatos ofrecen frecuentes trazas de «interpretación teológica» al hilo de la narración, donde se refleja la fe pospascual de los escritores sagrados.

EL ESPÍRITU SANTO Y JESUCRISTO: VISIÓN DE CONJUNTO EN LOS SINÓPTICOS

Con las matizaciones que acabo de indicar, los sinópticos presentan a Jesús transido del Espíritu Santo: en él se cumplen las promesas del AT referentes al Mesías³, y también, aunque corrigiéndolas en parte, las diversas expectativas del judaísmo del tiempo de Jesús⁴. Al mismo tiempo, muy raramente ponen en labios de Jesús las afirmaciones de poseer el Espíritu. Hay excepciones, y muy elocuentes, como es el caso de la homilía en la sinagoga de Nazaret, donde Jesús se siente lleno del «Espíritu de Dios»⁵; o bien, cuando «se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelastes a los pequeños»⁶; o presentan a Jesús consciente de que su poder de expulsar los demonios tiene una relación especial con el Espíritu de Dios: «Si yo expulsé los demonios por el Espíritu de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros»⁷. Finalmente, el mismo Jesús anunció a sus discípulos: «Sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido» (Lc 24,49).

Pero en la inmensa mayoría de las ocasiones son otras las voces que proclaman esa realidad. Nos es muy conocido cómo, desde la misma concepción de Jesús, el ángel anuncia a María que el Espíritu Santo descenderá sobre ella, y así concebirá en su seno (Lc 1,35), y aclara a José que lo concebido por su esposa es obra del Espíritu Santo (Mt 1,18.20). Otras personas conocen por el mismo Espíritu que el niño Jesús es el Mesías. Así, Isabel⁸, Zacarías⁹ o el anciano Simeón¹⁰ y Ana¹¹.

3. Para ser breves recordemos sólo a Is 11,2; 42,1; 61,1.

4. Cfr. Sal 17,42; Test Lev. 18,7; Test. Jud 24,2; Hen 49,3-4.

5. Cfr. Lc 4,18-21: Se aplica a sí mismo el cumplimiento de la profecía de Is 61,1-2, que acaba de leer.

6. Lc 10,21; cfr. Mt 11,25. Cfr. J.B. TERRIEN, *La gracia y la gloria*, Edic. Fax, Madrid 1943, vol. I, pp. 299-300.

7. Mt 12,28; cfr. Lc 11,20.

8. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, el niño [Juan] saltó de gozo en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo (Lc 1,41).

9. Cfr. Lc 1,67.

Juan Bautista da testimonio de que «el que viene detrás de mí... os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego»¹². En el relato del Bautismo de Jesús, al salir del agua, el Espíritu Santo desciende sobre él en figura de paloma¹³. En la preparación inmediata para su ministerio público, Jesús «fue llevado por el Espíritu Santo al desierto»¹⁴. En el comienzo de su ministerio, «Jesús, por la fuerza del Espíritu volvió a Galilea»¹⁵. Más tarde, de manera semejante, ocurre en Mt 12,18-21, donde el evangelista ve el cumplimiento en Jesús de las palabras de Is 42,1-4¹⁶.

No es raro encontrar en la literatura exegética actual la afirmación, con matices diversos, de que en las referencias al Espíritu en Marcos, Mateo y Lucas, el πνεῦμα se presenta con características veterotestamentarias de «fuerza» de Dios para el cumplimiento de especiales acciones¹⁷. Esta apreciación debe ser sometida a una mayor matización: sin invalidarla en líneas generales, en mi opinión hay que conjugarla con esta otra: los textos de los sinópticos, aunque no expresen directamente la fe trinitaria, sin embargo están ya abiertos a los desarrollos neotestamentarios que miran al Espíritu como Persona divina distinta del Padre y del Hijo. Mirando en concreto a los textos, es obvio que, por ejemplo, para unos hebreos piadosos como eran Santa María y San José, las palabras angélicas de sus anuncios respectivos debían partir de la fe veterotestamentaria, en la que el Espíritu de Dios era, en principio, una fuerza divina, vivificante y creadora, pero no estaba aún revelado que fuera una Persona distinta. Los acontecimientos de la vida de Jesús, sus mismas palabras, y la acción interna del Espíritu irían forjando la fe en la Trinidad. Por ello, los textos de los sinópticos hay que leerlos, efectivamente, en sus circunstancias históricas, y no precipitar sobre ellos la fe desarrollada acerca de la Trinidad, que se formó a partir de los acontecimientos de Pascua y de Pentecostés, y que los evangelistas compartían. Pero tampoco debemos caer en el extremo contrario, pensando que la fe que se refleja en esos textos haya quedado completamente anclada en el AT: los evangelistas sinópticos, al redactar sus escritos respectivos, ya tenían la experiencia y la fe de las

10. Había por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón... y el Espíritu Santo estaba en él. Había recibido la revelación del Espíritu Santo de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor. Así vino al Templo movido por el Espíritu... (Lc 2,25-30).

11. Cfr. Lc 2,36-37.

12. Mt 3,11; Mc 1,7-8; Lc 3,16.

13. Cfr. Mt 3,16; Mc 1, 10; Lc 3,22.

14. ἀνήχθη, según Mt 4,1; ἐκβάλλει, «le impulsa», según Mc 1,12; ἦγετο, «era conducido», según Lc 4,1.

15. Lc 4,14: ἐν τῇ δυνάμει τοῦ πνεύματος.

16. Cfr. Mt 12, 17-18; cfr. Is 42,1-2.

17. Cfr. E. SCHWEIZER, voz πνεῦμα, cit., col. 948.

primeras comunidades cristianas acerca del Espíritu Santo, aunque no se hubiera producido aún un desarrollo teológico.

En resumen, según los evangelios sinópticos, Jesús declara muy pocas veces que su obrar esté transido de la acción del Espíritu Santo. Son otros, a veces los propios evangelistas en su labor redaccional, quienes hablan de tal acción del Espíritu en Jesús. Sin embargo, la irrupción plena del Espíritu en el Mesías estaba anunciada en el AT, y los sinópticos subrayan que en Jesús se cumplen los antiguos anuncios¹⁸.

¿POR QUÉ LA PARVEDAD DE MENCIONES DEL ESPÍRITU SANTO EN LABIOS DE JESÚS?

El motivo de por qué Jesús habló poco del Espíritu Santo es objeto de discusión entre los estudiosos, puesto que ya en los profetas del AT, el Mesías es presentado como aquél en quien reposará de modo eminente el Espíritu de Dios¹⁹. La misma homilía de Jesús en la sinagoga de Nazaret nos pone ante el cumplimiento de esos anuncios proféticos. E. Schweizer ha dado una razón coherente, aunque muy insuficiente, para explicar el hecho: «Lo esencial en esto es que en él [Jesús] Dios mismo se ha mostrado a su pueblo. Por tanto, todas las expresiones del Espíritu en relación con Jesús subrayan solamente que él es único, que ocupa una posición “escatológica”, que en él está realmente Dios de un modo que no se encuentra en ninguna otra parte»²⁰. Por su lado, C.K. Barret se preguntaba años antes: «Si todo cristiano de Corinto podía reclamar para sí algún don espiritual, ¿por qué se dice tan pocas veces que tales dones fueron participados por Jesús y sus inmediatos seguidores? Si los apóstoles, en los Hechos, estaban dirigidos a cada paso por las inspiraciones del Espíritu, ¿por qué no fue también dirigido su Señor del mismo modo?»²¹.

El interrogante se acentúa quizás con el consenso de los estudiosos en que los sinópticos han sido fieles, en este punto, a la predicación de Jesús y a la tradición que está en la base de sus escritos: esta tradición no proyectó su experiencia posterior a los tiempos del ministerio público de Jesús. Incluso las frecuentes referencias sinópticas a la δύναμις y a la ἐξουσία de Jesús, no implican una alusión directa al Espíritu

18. Cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 1993, III, A, 1-3 (pp. 80-85).

19. Cfr. una amplia discusión en C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1979 (original: *The Holy Spirit and the Gospel Tradition*, 1.ª ed. 1944), pp. 227-261.

20. E. SCHWEIZER, voz πνεῦμα, cit., cols. 966-967.

21. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit., p. 227.

como Persona divina, sino más bien, en la línea veterotestamentaria, como fuerza divina²². Por el contrario, el Evangelio de Juan conserva en los discursos de adiós de la última Cena frecuentes anuncios al Espíritu, al Paráclito que será enviado. El problema que plantea este contraste es hasta qué punto Juan sobrecargó esos discursos a la luz de los acontecimientos ocurridos a partir de Pentecostés. La respuesta no es fácil²³.

Entre las razones para explicar la parvedad de alusiones al Espíritu en los sinópticos, yo encuentro principalmente cuatro:

1) Si durante su ministerio Jesús hubiese enfatizado estar invadido por el Espíritu y que sus obras se debían a la acción de aquél, esto hubiera equivalido a hacer afirmaciones solemnes y continuas de su mesianidad; pero el pueblo no estaba preparado para ello a causa de la concepción demasiado humana y nacionalista acerca del Mesías. Como es sabido, Jesús actuó con gran discreción a este respecto²⁴.

2) Es más: no se trataba sólo de guardar un secreto; Jesús debía obrar como Mesías humilde, sin gloria humana, y «beber el cáliz» de los sufrimientos hasta la muerte en cruz. Debía, pues, evitar los signos portentosos del Espíritu de Dios; sólo debían aparecer las manifestaciones imprescindibles, como las producidas en el Bautismo, o en algunos de los milagros.

3) A mayor abundamiento, el Reino, aunque presente, no estaba en la plenitud de su poder, ni tampoco Jesús había llegado a su glorificación. Por tanto, el don claramente actuante del Espíritu en la comunidad cristiana no debía de manifestarse antes de la glorificación de Jesús... Aunque la cita sea de Jn 7,39, parece razonable pensar que esta convicción fue compartida por los sinópticos²⁵. En esta línea hay que situar las palabras del Papa Juan Pablo II, que resumen el pensamiento común en teología católica²⁶. Es tras la Resurrección de Jesús cuando el grupo de discípulos se constituyó realmente en comunidad mesiáni-

22. Cfr. E. SCHWEIZER, voz *πνεῦμα*, cit., cols. 964-965.

23. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit., pp. 247-248.

24. Aunque el pasaje no sea de los sinópticos, sino del evangelio de Juan, es sintomático: Ioh 6,1-13: ¹⁴...viendo el milagro que Jesús había hecho, decían: este es verdaderamente el Profeta que viene al mundo. ¹⁵Jesús, conociendo que iban a venir para llevárselo y hacerlo rey, se retiró de nuevo al monte él solo.

25. A tal convicción no se oponen, sino que la aclara, las palabras del Conc. Vaticano II, Decreto *Ad gentes*, n. 4.

26. «La era de la Iglesia empezó con la "venida", es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén junto con María, la Madre del Señor. Dicha era empezó en el momento en que *las promesas y las profecías*, que explícitamente se referían al Paráclito, el Espíritu de la verdad, comenzaron a verificarse con toda su fuerza y evidencia sobre los apóstoles, determinando así el nacimiento de la Iglesia» (JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 25).

ca, en la que el Espíritu se derramó generosamente. Esa comunidad fue consciente de haber recibido el don del Espíritu porque en ella actuaba de modo experimentable. Fue la experiencia la que le llevó a tal convencimiento, y no un proceso de reflexión²⁷.

4) El arte de hablar y de comunicar exige exponer sólo aquellos argumentos que puedan ser comprensibles por el interlocutor, pero no los últimos y más profundos, en los que está la clave del asunto de que se trata²⁸. Era inútil que Jesús hablara a las multitudes de algo tan elevado e inmaterial como es el Espíritu Santo. Debía esperar a los acontecimientos de Pascua y de Pentecostés, cuando sus discípulos estuvieran en condiciones experienciales de captar algo del misterio de Dios Trino. A éstos, sin embargo, sí que les adelantó el «envío del Espíritu»²⁹.

TEXTOS DE LOS SINÓPTICOS EN PARTICULAR

Una vez expuestas algunas consideraciones generales, que tienen, sin embargo, cierto de carácter de introducción y de anticipación, vamos a abordar el estudio particularizado y breve de algunos textos de los sinópticos. Querría recordar los que he podido apreciar acerca de las dos clases de pasajes, a saber, 1) los que narran el ministerio público de Jesús; y 2) los que se refieren a su nacimiento e infancia, a su bautismo y a las tentaciones en el desierto. Pero ahora me sea permitido empezar por orden inverso, pues cuando hacemos la confesión de nuestra fe con el símbolo Niceno-Constantinopolitano y llegamos a las palabras, resulta que esta fórmula está basada en dos textos de los sinópticos y uno de Juan: Lc 1,35; Mt 1,20 y Jn 1,14³⁰.

27. Cfr. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit., pp. 259-260. La experiencia enseñó a la comunidad que, aunque gozaba de las bendiciones divinas nunca dadas hasta entonces; como era la certeza del perdón de los pecados, sin embargo, también experimentaban las limitaciones del mundo presente: enfermedad, incomprensiones, persecuciones y la misma muerte. Fue en esas experiencias donde fue entendiendo el solaparse del *eón* presente y del *eón* futuro, abriéndose camino la inteligencia de la escatología y de la segunda venida de Cristo o Parusía. En el tiempo entre la venida primera y la segunda ya actuaba el Espíritu como don; pero la plenitud del reino de Dios no ocurriría hasta la Parusía del Señor. Cfr. J.M. CASCIARO-J.M. MONFORTE, *Jesucristo, Salvador de la humanidad. Panorama bíblico de la salvación*, EUNSA, 2.ª ed., Pamplona 1997, pp. 583-592.

28. Cfr. TH.A. SZLEZAK, *Come leggere Platone*, Rusconi Libri, Milano 1991.

29. Cfr. Lc 24,49 y ciertas partes de los discursos de adiós del Evangelio de Juan.

30. Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, *El Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida (Lo que dice la Sagrada Escritura)*, Edit. de Espiritualidad, Madrid 1997, p. 27. LEON XIII, Enc. *Divinum illud munus*, 9.V.1897.

ANUNCIACIÓN A MARÍA

Nos interesa sobre todo la segunda parte del relato, esto es, Lc 1,34-38. De la primera parte, Lc 1,26-33, no nos vamos a ocupar, ya que en ella no se menciona explícitamente al Espíritu Santo. De lo que sucedió en el anuncio angélico a María no hubo más testigo que ella. La crítica moderna se plantea multitud de cuestiones sobre las fuentes de esta parte del evangelio de la infancia tal como nos ha llegado: ¿De qué manera y hasta qué punto la discreta información de María fue recogida por la tradición que está en la base del evangelista? En el relato evangélico, los procedimientos literarios de la teología narrativa de Lucas ¿hasta qué punto pudieron revestir, «escenificar» literariamente, el acontecimiento sobrenatural? No tenemos respuesta concluyente, por mucho que los métodos histórico-literarios y lingüísticos se esfuercen honradamente en investigar³¹. Lo que está a nuestro alcance observar es que Lucas, poseedor de una buena cultura griega, emplea verbos que evitan toda referencia a relaciones sexuales. El ángel habla sobriamente con expresiones que recuerdan la acción vivificante del Espíritu de Dios sobre la masa caótica primordial en el inicio de la Creación, según Gn 1,2. Es decir, el Espíritu Santo que va a actuar en María no es un poder generador —a la manera de la mitología greco-romana, en la que ciertos héroes nacieron de la unión sexual de un dios y una mujer—, sino un poder divino creador, «dador de vida».

Según Lc 1, 31-33, el ángel transmite, en términos bien judaicos, con expresiones que podía entender toda persona hebrea practicante, que el niño será el Rey-Mesías anunciado por los profetas y el Hijo de Dios. El anuncio es claro: se van a cumplir en María los antiguos vaticinios de los profetas. De todos modos, parece que era de pronto una luz tan fuerte que podía deslumbrar a la Virgen de Nazaret. Quizás por ello se entiende su pregunta. Lucas muestra que María asume concretamente, como verdadera mujer, la función decisiva en el centro de la historia salvífica. Y lo asume de modo consciente, como un favor divino que se le revela de pronto y que la deslumbra; por eso pregunta para ver con claridad cuál debe ser su puesto, y lo acepta a continuación con sencillez y valentía, sin excusas³². «Cuando María en el mo-

31. Cfr. breve síntesis en R.E. BROWN, *El Nacimiento del Mesías. Comentarios a los relatos de la Infancia*, Edic. Cristiandad, Madrid 1982, pp. 303-305.

32. Cfr. A. GEORGE, *Études sur l'oeuvre de Luc*, Gabalda, Paris 1978, pp. 439-440. S. Muñoz ha escrito agudamente:

«¡Hágase en mí según tu palabra!» (...)

Si le preguntáramos a la Señora:

—Madre, tú ¿qué hiciste para ser madre de Dios?

Su respuesta sería:

mento de la anunciación pronuncia su "fiat": "hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38), concibe de modo virginal *un hombre*, el Hijo del hombre, *que es el Hijo de Dios*. Mediante este "humanarse" del Verbo-Hijo, la autocomunicación de Dios alcanza su plenitud definitiva en la historia de la creación y de la salvación³³. Los relatos evangélicos de la concepción y nacimiento muestran la presencia del todo singular del Espíritu en el niño que es engendrado, precisamente, por la acción creadora y vivificante del Espíritu Santo³⁴.

EL ANUNCIO A JOSÉ

Concentrémonos en Mt 1,18 y 20. No obstante, conviene indicar algo sobre la composición redaccional de toda la perícopa (Mt 1,18-23), como rápida premisa crítica. Ulrich Luz, reconocido especialista de San Mateo, resume así la cuestión: «La investigación actual muestra una creciente tendencia a considerar toda la perícopa como redaccional; Mateo se limitó, según esta interpretación, a utilizar temas tradicionales. La tesis contraria dice que Mateo reelaboró profundamente, en mayor o menor medida, un relato tradicional. No es fácil decidir entre una y otra tesis»³⁵. Sin embargo, en la conclusión sobre el tema parece inclinarse hacia la segunda tesis, pues afirma que Mateo confirió al pasaje una formulación nueva, y tal vez le dio por primera vez forma escrita³⁶.

La narración del nacimiento de Jesús según Mateo apunta directamente al AT. La genealogía, βίβλος γενέσεως, *séfer toledo't*, libro de las generaciones (Gn 5,1; cfr. Gn 2,4; etc.), lo enlaza, como hijo de David e hijo de Abrahán, a la historia salvífica y, por un procedimiento «derásico», lo presenta como el Mesías en quien se cumple la antigua promesa patriarcal y las profecías mesiánicas³⁷. Éstas y otras perspectivas son suficientes para que miremos al AT: Mateo, o la tradición que está en su base, parecen haber atisbado que así como el Espíritu de Dios actuó en la creación del mundo, dando la vida, así ese mismo Espíritu actuaba ahora en su restauración por medio del Mesías. La

—Hacer, hacer, lo que se dice hacer, yo no hice nada...Yo dejé hacer. Yo dije sí» (S. MUÑOZ IGLESIAS, *El Espíritu Santo*, cit. p. 210).

33. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 50.

34. Cfr. E. KAMLAH, voz «Espíritu», en L. COENEN-E. BEYREUTHER-H. BIETENHARD (eds), *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Ed. Sígueme, Salamanca 1990, vol. 2, p. 140. Lc 1,35 está estrechamente relacionado con Mt 1,18.20.

35. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo*, vol. I (Mt 1-7), Edic. Sígueme, Salamanca 1993, p. 138.

36. Cfr. U. LUZ, *Ibid.*, p. 139.

37. Cfr. J.M. CASCIARO, *Jesús de Nazaret*, Alga Edit., Murcia 1994, pp. 466-470.

entrada del Redentor en la historia es obra del Espíritu³⁸. De aquí que la concepción y el nacimiento se realicen por obra del Espíritu. Esos eventos significan el cumplimiento de la redención prometida por Dios en un acto contemplado como una nueva creación, comparable con la de Gn 1³⁹.

Pero recordemos el versículo que nos concierne ahora, esto es, Mt 1,18. Según este texto, la concepción de Jesús es debida al πνεῦμα, en cuanto potencia creadora de Dios, que forma la vida de este niño completamente singular. Es lo mismo que en Lc 1,35, según una concepción que no se encuentra en el judaísmo rabínico⁴⁰. De este modo, el niño concebido en el seno, «en el vientre», ἐν γαστρὶ de la Virgen María es verdaderamente también Hijo de Dios, por la fuerza del Espíritu Santo. El sintagma «del Espíritu Santo», o, según se puede traducir «por obra del Espíritu Santo», constituye una prolepsis en el texto de Mateo, con la cual anticipa la clave o solución del problema que ha planteado: «se encontró que había concebido en su seno»; con esa prolepsis evita cualquier equívoco en el lector; es procedimiento frecuente en el talante catequético del primer evangelista. A su vez, es una muestra de la fe en la concepción virginal de Jesús, que Mateo había recibido de la primitiva comunidad⁴¹.

Mt 1,20 viene a completar lo fundamental del relato con respecto al Espíritu Santo. Es el mismo ángel quien aclara a José el porqué del estado encinta de su esposa, sin que hubieran tenido relaciones sexuales: lo concebido en ella «es del Espíritu Santo», ἐκ πνεύματός ἐστιν ἁγίου. Pero a este sintagma precede la frase: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa». Con sencillez y brevedad el pasaje narra la comunicación celestial a José, el primero que recibe la declaración divina del hecho portentoso de que la salvación en Jesucristo había comenzado ya a realizarse. Según el derecho judío, la paternidad legal transmitía a los hijos los mismos derechos que la natural y legítima. Conforme a los antiguos oráculos proféticos, el futuro Mesías sería de la estirpe regia de David⁴². De aquí la transcendencia de las palabras: «José, hijo de David», es decir, descendiente del rey David. José, pues, era el hombre predestinado para hacer que se cumplieran las antiguas profecías que anunciaban el carácter real del Mesías. Algo debió de entender entonces José acerca de su función en la historia salvífica, aunque con el tiempo fuera profundizando más en el alcance de las palabras de la comunicación divina. Por de

38. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, nn. 49-50.

39. Cfr. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit., pp. 41, 49-52.

40. Cfr. E. SCHWEIZER, voz πνεῦμα, cit., col. 962.

41. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo*, vol. I, cit., p. 140.

42. Cfr. 2S 7; Is 8,23-9,6; 11,1-9; Dn 7,13; Sal 110; etc.

pronto, José es obediente a la voluntad divina y «recibe» (*nissûin*) a su esposa María (Mt 1,24-25). Es sabido que las bodas entre los judíos tenían dos fases, que no corresponden con las nuestras⁴³. Esta advertencia es conveniente para entender el pasaje evangélico del anuncio a José.

VISITACIÓN A ISABEL

El relato viene en Lc 1,39-45. El Espíritu Santo ilumina a Isabel sobre el acontecimiento sobrenatural del niño Jesús. Exegetas contemporáneos se plantean la historicidad del episodio⁴⁴, y ven en él algunas dificultades de orden geográfico y de ambientación social (viaje de una muchacha joven, sola, de una ciudad a otra teniendo en medio Samaría, etc.). También se interesan aquí, como por lo general respecto de los episodios del evangelio lucano de la infancia, por las fuentes que estén en la base de los relatos⁴⁵. Pero a Lucas no parecen preocuparle ambas cuestiones, no obstante su conciencia de historiador serio⁴⁶. Finalmente, hoy día interesa mucho a la exégesis aquilatar la labor redaccional del escritor sagrado, sus modos de presentar el contenido que le ha llegado por la tradición o tradiciones precedentes, para discernir cuál es su visión personal del tema, su teología peculiar. Son éstas unas tareas importantes de la exégesis bíblica, sobre las que se ha pronunciado el Documento de la Pontificia Comisión Bíblica *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Pero adentrarnos en ellas nos ocuparía

43. Una primera, la más importante eran los *qiddûshin*, los esponsales o desposorios, literalmente «santificación» o «consagración». Es una muestra del carácter religioso del matrimonio israelita. Su ceremonial popular podía variar. Esencialmente consistía en el compromiso de la unión matrimonial, con los efectos jurídicos y morales del verdadero matrimonio. Así, la «desposada» cometería adulterio si fornicara con otro hombre, y las cuestiones de herencia entraban en las mismas vías de derecho que si se hubiera acabado todo el ceremonial del matrimonio. Cfr. A. TOSATO, *Il Matrimonio Israelitico*, Pontificio Instituto Bíblico, Roma 1982. Por la escasa edad de los «desposados», o al menos de la «desposada», ésta no estaba en condiciones todavía de llevar el hogar. Por eso, la segunda fase de las celebraciones matrimoniales se podía retrasar un año o más, hasta que la desposada estuviera en condiciones de ser madre de familia y ama de casa. De tales circunstancias cabe suponer que la Virgen María era muy joven cuando celebró los *qiddûshin* con José, y también los *nissûin* o conducción a casa del esposo. Lo normal era que el esposo fuese joven: se requería que pudiera hacer de cabeza de familia. Cfr. A. DIEZ MACHO, *Indisolubilidad del Matrimonio y divorcio en la Biblia*, Ed. Fe Católica, Madrid 1976, pp. 259-260. No es razonable suponer que José fuera anciano cuando contrajo matrimonio con Santa María. En el arte cristiano se le ha representado a veces de edad madura, probablemente como un modo de expresar la actitud casta del patriarca, pero es un puro convencionalismo. Cfr. Beato Jo-semaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973, n. 40.

44. Cfr., por ej., G. ROSSÉ, *Il Vangelo di Luca, commento esgetico e teologico*, Città Nuova Edit., Roma 1995, pp. 67-68 y notas a pie de página.

45. Cfr., por ej., R.E. BROWN, *El Nacimiento del Mestas*, cit., pp. 248-253.

46. No pueden tomarse como afirmaciones ligeras las de su célebre prólogo: Lc 1,3-4.

muchas páginas; las rozaremos brevemente y remitiremos a una bibliografía selecta actual.

Subrayemos Lc 1,41. En Lc 1,15b, el ángel había anunciado a Zacarías acerca del hijo que iba a tener: «será lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre». El anuncio se cumple ahora, incluso desbordándose, pues también la madre, Isabel, queda «llena del Espíritu Santo». Que en un profeta, en un juez de Israel, en un rey, «irrumpa» el Espíritu Santo es algo consabido en el AT. Es el Espíritu de Dios la fuerza que les mueve a profetizar o a realizar acciones extraordinarias en la historia de la salvación. Está dentro de la mentalidad del pueblo del AT que es el Espíritu del Señor el que da tales fuerzas. Por otra parte, en el libro de los Hechos de los Apóstoles es el Espíritu Santo el que impulsa y dirige las acciones y empresas de los propagadores del evangelio: Lucas, que subraya tales intervenciones del Espíritu, empezando por el día de Pentecostés, no es el inventor de esa fe; la ha aprendido de la primitiva comunidad cristiana. Resulta, pues, arriesgado hacer afirmaciones rotundas acerca de si las fórmulas «lleno del Espíritu Santo», o equivalentes, provienen de la labor redaccional del evangelista o éste las ha asumido de sus fuentes. En definitiva se encuentran en un escrito inspirado y en tal condición ha sido recibido por la Iglesia como fuente de revelación⁴⁷.

Finalmente, hay que ver el alcance de la frase de Isabel (Lc 1,43). Según R. E. Brown, aquí se aplica por primera vez inequívocamente a Jesús el término *kyrios*, «Señor»⁴⁸. «Y en las palabras de saludo *a la que "ha creído"* [v. 45], parece vislumbrarse un lejano (pero en realidad muy cercano) contraste con todos aquellos de los que Cristo dirá que "no creyeron" (cfr. Jn 16,9). María entró en la historia de la salvación del mundo mediante la obediencia de la fe. Y *la fe*, en su esencia más profunda, es la *apertura* del corazón humano ante el don: ante la auto-comunicación de Dios por el Espíritu Santo»⁴⁹.

EL CÁNTICO DE ZACARÍAS

Comencemos por fijarnos en Lc 1,67⁵⁰. Al final del cántico el evangelista hace un brevísimo sumario sobre la infancia de Juan el

47. Cfr. J.M. CASCIARO, *Un aspecto de la igualdad radical de los cónyuges en el matrimonio: Mc 10,12*, en *Salvación en la Palabra*. En memoria de profesor Alejandro Díez Macho, Edic. Cristiandad, Madrid 1986, p. 631 y nota a pie de página.

48. Cfr. R.E. BROWN, *El Nacimiento del Mesías*, cit., p. 347.

49. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 51.

50. Y Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo y profetizó diciendo.

Bautista: Lc 1,80⁵¹. El cántico de Zacarías, o *Benedictus*, como ocurre en el *Magnificat*, está construido con numerosas evocaciones de pasajes del AT, en expresiones gramaticales muy semíticas (se puede pensar en un original hebraico), de tal modo que es considerado por muchos autores como una composición judío-cristiana que Lucas insertó en su evangelio⁵². Perteneció al mundo veterotestamentario, y al judío-cristiano primitivo —en cuya atmósfera tiene su clímax el *Benedictus*—, ver la acción del Espíritu del Señor en las palabras y en los hechos de personas elegidas por Dios para una función relevante en la historia de salvación: aquí, Zacarías, para proclamar un himno de sabiduría; y Juan el Bautista, al desarrollar su personalidad ya desde la infancia. Sea cual fuere el resultado de la investigación sobre el origen del *Benedictus*, lo cierto es que las menciones del Espíritu Santo, tal como vienen en el cántico, son también coherentes con las líneas preferidas de la teología de Lucas: hay aquí un amplio campo para discutir la labor redaccional del evangelista.

LA PROFECÍA DEL ANCIANO SIMEÓN

Es reportado por Lc 2,25-35⁵³. Tres veces menciona Lucas en este relato que el Espíritu Santo estaba con Simeón. El encuentro con este anciano no es una casualidad: Ley y profetas acogen a Jesús y proclaman que es el Mesías, la «consolación de Israel». La intervención del Espíritu Santo al comienzo de los tiempos nuevos es el cumplimiento de las viejas profecías. Jesús-Mesías es tomado en brazos de Simeón, que aquí representa el Israel fiel: es la continuidad entre el Evangelio y la antigua alianza, pero con la novedad del Mesías-Niño indefenso. Simeón alaba a Dios por todo lo que está viendo y viviendo a impulsos de la revelación del Espíritu⁵⁴.

JESÚS EL CRISTO, EL MESÍAS, EL UNGIDO POR EL ESPÍRITU SANTO

Como recuerda la Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 15, Act 10,37 y otros⁵⁵ evocan, de manera más o menos clara, antiguos pasajes profé-

51. Mientras tanto el niño iba creciendo y se fortalecía en el Espíritu, y habitaba en el desierto hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel.

52. Cfr. R.E. BROWN, *El Nacimiento del Mesías*, cit., pp. 393-395.

53. I. DE LA POTTERIE, *Les deux noms de Jérusalem dans l'évangile de Luc*, en «Revue des Sciences Religieuses» 69 (1981) 60.

54. Cfr. G. ROSSÉ, *Il Vangelo di Luca*, cit. pp. 98-99.

55. Cfr. Lc 4,16-21; 3,16; 4,14; Mc 1,10; etc.

ticos, singularmente varios de *Isaías*. El primero pertenece al ciclo del llamado «Libro del Enmanuel». Es el pasaje de Is 11,1-3. «El Mesías de la estirpe de David («del tocón de Jesé») es precisamente aquella persona sobre la que «se posará» el Espíritu del Señor. Es obvio que en este caso todavía no se puede hablar de la revelación del Paráclito; sin embargo, con aquella alusión velada a la figura del futuro Mesías se abre, por decirlo de algún modo, la vía sobre la que se prepara la plena revelación del Espíritu Santo en la unidad del misterio trinitario, que se manifestará finalmente en la Nueva Alianza. El Mesías es precisamente esta vía. En la Antigua Alianza la unción era un símbolo externo del don del Espíritu. El Mesías (mucho más que cualquier otro personaje ungido en la Antigua Alianza) es el único gran *Ungido por Dios mismo*. Es el Ungido en el sentido de que posee la plenitud del Espíritu de Dios. Él mismo será también el mediador al conceder este Espíritu a todo el Pueblo»⁵⁶.

EL ESPÍRITU SANTO Y EL BAUTISMO DE JESÚS

De manera semejante a como ocurrió en la concepción virginal de Jesús, el acto de su Bautismo en el Jordán está caracterizado por la presencia del Espíritu Santo. En los sinópticos, el relato del Bautismo está unido a una teofanía. Estaba repetidamente prometido en el AT que el Mesías sería portador del Espíritu de Dios. Esta promesa estaba también asumida por el judaísmo del tiempo de Jesús. Pero su cumplimiento, como en general la mesianidad de Jesús, acaece de modo que desborda las descripciones de los profetas. El episodio proclama que, con esta donación especial del Espíritu, después de un largo período de silencio, han comenzado los últimos tiempos⁵⁷. La narración del Bautismo, que señala el comienzo de la actividad mesiánica de Jesús, al lado del relato de la concepción milagrosa por obra del Espíritu, quiere anunciar la singularidad de Jesús, precisamente por medio de la

56. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, nn. 15-16.

57. «Juan Bautista predicó un bautismo de agua como purificación y preparación para el reino de Dios, hasta que viniera el que había de bautizar con fuego y con el Espíritu Santo, e.d., el que había de llevar a cabo la gran purificación mesiánica (Mt 3,11; Lc 3,16). Ésta había de cumplirse por el Espíritu Santo, e.d., por aquella fuerza divina que, al condenar a los inícuos, purificaría al pueblo de toda iniquidad (cfr. Is 4,4; Hen 62,2), y por el fuego, que limpiaría de la escoria de los pecados (cfr. Am 7,4; Is 31,9; 66,15; Ml 3,2). Esta santificación se recalca positivamente en la fórmula transmitida por Mc 1,8 y Act 1,5; 11,16: “Yo os bautizo con agua, pero Él os bautizará en el Espíritu Santo”, e.d., el que es más fuerte derramará sobre vosotros aquella fuerza divina que, según las esperanzas de los profetas (Ez 36,25-27; Jr 31,34), ha de transformar moral y religiosamente al pueblo de la nueva alianza» (H. HAAG-A. VAN DEN BORN-S. DE AUSEJO [dirs.], *Diccionario de la Biblia*, voz «Espíritu de Dios», Ed. Herder, Barcelona 1967, cols. 616-617).

acción también singular de la voz divina desde el cielo y de la manifestación visible del Espíritu⁵⁸. A los evangelistas no se les presentó, ni remotamente, la interpretación posterior del adopcionismo⁵⁹.

La exégesis actual se esfuerza por reconstruir la «historia de la narración», para alcanzar lo mejor posible la significación que la primitiva tradición cristiana —que está en la base de los textos evangélicos— daba al acontecimiento del Bautismo⁶⁰. Estando así las cosas, lo mejor será leer en sinopsis los textos de los tres sinópticos⁶¹.

Los relatos de Marcos y Lucas son muy parecidos en extensión. Mateo es más largo. Inserta los vers. 14 y 15, que no vienen en los otros sinópticos y trata de la resistencia de Juan Bautista a bautizar a Jesús. La mayoría de los críticos estiman que el relato base es el de Marcos, al que sigue de cerca Lucas y es ampliado por Mateo. En Marcos y en Mateo es Jesús quien ve al Espíritu Santo. En Lucas se

58. E. KAMLAH, voz «Espíritu», cit., p. 140.

59. Cfr. E. SCHWEIZER, voz «πνεῦμα», cit., cols. 957-958.

60. Cfr. M. SABBE, *Le baptême de Jésus*, en I. DE LA POTTERIE (dir), *De Jésus aux Évangiles. Tradition et Rédaction dans les Évangiles synoptiques*, Duculot-Lethielleux, Gembloux-Paris 1967, pp. 190-200.

61.

Mt 3,13-17

¹³Entonces vino Jesús al Jordán desde Galilea, para ser bautizado por Juan¹⁴. Pero éste se le resistía diciendo: Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿cómo vienes tú a mí?¹⁵. Respondiendo Jesús le dijo: Déjame ahora, así es como debemos nosotros cumplir toda justicia. Entonces Juan se lo permitió.

¹⁶ Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua; y he aquí que se le abrieron los cielos y vio

al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él.

¹⁷ Y una voz del cielo que decía: Éste es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido.

Mc 1,9-11

⁹ Y sucedió que en aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea,

y fue bautizado por Juan en el Jordán.

¹⁰ Y nada más salir del agua vio los cielos abiertos

y al Espíritu Santo que, en forma de paloma, descendía a él.

¹¹ Y sobrevino una voz desde los cielos: Tú eres el Hijo mío, el Amado, en ti me he complacido

Lc 3,21-22

²¹ Cuando se bautizaba todo el pueblo,

y Jesús, habiendo sido bautizado, estaba en oración, sucedió que se abrió el cielo,

²² y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma,

y se oyó una voz que venía desde el cielo: Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido.

dice sólo que bajó sobre Jesús, pero no se expresa quién lo vio⁶². En los tres se abren los cielos, el Espíritu Santo «es visto» en forma de paloma y «se produce»⁶³ «una voz del cielo»⁶⁴.

Uno de los «acuerdos menores» de Mateo y Lucas contra Marcos es que en aquellos el Espíritu desciende «sobre Él», ἐπ' αὐτόν, mientras que en Marcos es «en Él», εἰς αὐτόν. Algunos autores consideran que en Mateo y Lucas el Espíritu no viene presentado como el que obra algo «en el interior» de Jesús, produciendo una transformación en su ser, sino connotando la idea de la unción, «la unción de Jesús por el Espíritu»; es decir, la bajada del Espíritu «sobre» Jesús sería en ambos evangelistas la expresión de la manifestación pública de Jesús como el Mesías, el Ungido⁶⁵. La aparición en forma de paloma, común a los tres, en lo que implica de manifestación corporal, querría indicar la presentación pública, ante todo el pueblo, de la unción mesiánica de Jesús⁶⁶. Mucho se ha discutido sobre el simbolismo de la paloma como expresión del Espíritu Santo, sin que se haya llegado a nada concluyente⁶⁷, excepto lo que podemos resumir con palabras de C.K. Barret: «En consecuencia, no podemos sostener que ha sido determinado con certeza el significado preciso del simbolismo de la paloma. Pero es muy importante el que los textos, tal como aparecen, apuntan al pasaje que hemos considerado fundamental en nuestra discusión de los relatos del nacimiento, al Gn 1,2; es decir, que también aquí nos encontramos con la actividad creadora del Espíritu; algo nuevo se estaba realizando en las aguas del bautismo, comparable con la creación de cielo y tierra a partir del caos primitivo»⁶⁸.

Los relatos del Bautismo tienden probablemente a presentar el suceso no tanto como «visión» cuanto como acontecimiento constatable por los sentidos. Jesús, en la fe y en la conciencia de los evangelistas ya era desde su concepción el Hijo de Dios, no que lo llegara a ser a par-

62. S. MUÑOZ IGLESIAS, *El Espíritu Santo*, cit., p. 44.

63. Las versiones frecuentemente dicen «se oyó»; literalmente los evangelistas escriben: «he aquí», ἰδοὺ (Mateo); «se produjo», ἐγένετο (Marcos); «se produce», γένεσθαι (en infinitivo, Lucas).

64. Sobre algunas particularidades de la significación de «bautismo», el «desgarramiento de los cielos», el simbolismo de «la paloma» y «el Hijo Amado», cfr. M. QUESNEL, en AA.VV., *El Espíritu Santo en la Biblia*, Cuadernos Bíblicos n.º 52, Verbo Divino, 4.º ed. Estella (Navarra) 1996, pp. 26-28.

65. Cfr. lo dicho antes en apartado «Jesús el Cristo, el Mesías, el Ungido por el Espíritu Santo».

66. Cfr. G. ROSSÉ, *Il Vangelo di Luca*, cit., p. 135.

67. El AT no emplea la paloma como símbolo del Espíritu de Dios. Sólo lejanamente está el participio hebraico *merajéfet*, Gn 1,2, para indicar que el Espíritu de Dios «aleteaba sobre la superficie de las aguas» del océano primordial. Cfr. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit. pp. 68-74.

68. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit. p. 75.

tir del Bautismo. En esta perspectiva, la bajada del Espíritu en forma corporal y la voz del cielo no van dirigidas a Jesús, que ya tiene conciencia de su ser divino, sino a Juan Bautista y, sobre todo, al pueblo⁶⁹. Quizás de modo más marcado en Lucas, la bajada del Espíritu (σωματικῶι εἶδει ὡς περιστερὰν), subraya que no fue visto sólo por Jesús⁷⁰. Pero no sólo Lucas, los tres sinópticos —y especialmente Marcos, según algunos investigadores actuales—, muestran estar seguros de narrar sucesos que pertenecen a la vida de Jesús⁷¹.

No es arriesgado ver en Mt 3,14-15 la intención de presentar la obediencia de Jesús al Padre celestial por encima de cualquier consideración humana. Precisamente, a la obediencia de Jesús responde la voz celeste del Padre: «Éste es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido»⁷². Voz que evoca varios textos del AT, singularmente Is 42,1, y otros del Nuevo, en especial Hb 5,8⁷³. «A Jesús se atribuyen, pues, dos títulos: el de *el hijo*, el único, el hijo elegido de Dios; y el de *el siervo* elegido de Dios. El segundo procede de la alusión inequívoca a Is 42,1; 44,2»⁷⁴.

«El rito de la humillación que representaba el Bautismo ha terminado. En ese momento, la voz del Padre celestial glorifica al Hijo humillado. Este paso de la humillación a la exaltación es uno de los temas más arcaicos de la Cristología de todo el NT: resume la existencia terrestre de Jesús, desde los episodios de la infancia hasta los de la Pasión, Muerte y Resurrección, y está en el centro de los llamados “himnos cristológicos” del NT⁷⁵, de las predicciones de la pasión-resurrección anunciadas por Jesús⁷⁶, etc. Quizás en esta perspectiva podamos ir entendiendo el significado del suceso del Bautismo de Jesús y la razón de que los Evangelistas no lo hayan querido —ni podido— omitir en sus escritos»⁷⁷.

Juan Bautista explica a sus discípulos la superioridad de Jesús sobre él; para ello subraya la diferencia radical entre los bautismos que ambos imparten: «Yo os bautizo con agua para la conversión, pero el que viene después de mí es más fuerte que yo, y yo no soy digno de llevarle las sandalias. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego» (Mt 3,11;

69. Cfr. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo*, vol. I, cit., pp. 218-219.

70. Cfr. E. SCHWEIZER, voz πνεῦμα, cit., col. 974.

71. Cfr. G. DANIELI, en AA.VV., *Il Messaggio della Salvezza*, vol. 6, Elle di Ci, Torino 1988, pp. 249-250.

72. Cfr. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo*, vol. I, cit., p. 219.

73. Cfr. J.M. CASCIARO, *Jesús de Nazaret*, cit., p. 178.

74. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit., pp. 77-79.

75. Cfr., entre otros, Jn 1,1-18; Flp 2: 6-11; Rm 1,3-4; Col 1,15-20; Ef 1,3-14; etc. Cfr. J.M. CASCIARO, *Estudios sobre Cristología del Nuevo Testamento*, EUNSA, Pamplona 1982, pp. 374-380.

76. Cfr. 1.ª predicción: Mc 8,31-33; Mt 16,24-28; Lc 9,22; 2.ª pred.: Mc 9,30-32; Mt 17,22-23; Lc 9,43b-45; 3.ª pred.: Mc 10,32-34; Mt 20,17-19; Lc 18,31-34.

77. J.M. CASCIARO, *Jesús de Nazaret*, cit., pp. 179-180.

Mc 1,8; Lc 3,16)⁷⁸. No es aventurado ver en el episodio del *Bautismo* de Jesús *con/en Espíritu Santo* como el final de una era, como ocurrió en el diluvio de Noé y el comienzo de una nueva creación. Como la paloma que volvió al antiguo patriarca con un ramito de olivo en el pico anunció el fin del estado de violencia y enemistad de la humanidad con Dios, el Bautismo en el Jordán anuncia la reconciliación de Dios con los hombres por medio de la humanidad de Jesús; así como el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas primordiales para infundirles la vida, descende ahora sobre Jesús, y bajará sobre los hombres en las aguas del Bautismo para darles la vida plena que no se acaba⁷⁹.

LAS FÓRMULAS TRINITARIAS

«La tradición cristiana interpreta unánimemente que en el Bautismo de Jesús tenemos una manifestación de las tres personas de la Santísima Trinidad: El Padre, que habla de su Hijo, el Amado; Jesús, el Hijo, que está allí presente; el Espíritu Santo, que descende en forma como de paloma»⁸⁰. Pero una fórmula explícita trinitaria la encontramos en Mt 28,20. Aquí, el evangelista pone en labios de Jesús resucitado el mandato apostólico de enseñar a todas las naciones. Esta fórmula bautismal no tiene paralelos tan claros en el NT⁸¹. La igualdad que atribuye al Espíritu Santo con el Hijo y con el Padre, aunque no hay que mirarla sin más en la perspectiva del concilio de Nicea, no puede perderse de vista que éste se basó, entre otros muchos textos, en el final de Mateo para su síntesis de la fe. Además, al texto de Mateo no se le puede sustraer la relación con la Trinidad de Dios a la que es elevado el hombre bautizado (εἰς τὸ ὄνομα...), con el poder del πνεῦμα, de modo comparable a como Jesús mismo fue marcado por el Espíritu⁸².

EL ESPÍRITU SANTO EN EL AYUNO DE JESÚS EN EL DESIERTO

Lo refieren los tres sinópticos. El relato de Mc es mucho más corto que los otros dos. Actualmente, con unas u otras variantes, hay un cierto consenso en que estamos ante dos relatos de origen independiente: de un lado, Marcos; de otro, Mateo y Lucas; muchos estudio-

78. Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, *El Espíritu Santo*, cit., p. 91.

79. Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, *El Espíritu Santo*, cit., p. 44.

80. J.M. CASCIARO, *Jesús de Nazaret*, cit., p. 180.

81. Aunque aparece con la misma explicitación en la *Didajé*, 7,1.3.

82. R. PENNA, voz «Espíritu Santo», en P. ROSSANO-G. RAVASI-A GIRLANDA (eds), *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Ed. Paulinas, Madrid 1990, p. 566.

sos optan porque estos dos evangelistas se inspiraron en la fuente Q, mientras Marcos no la manejó⁸³. Algunas coincidencias de Mateo con Marcos, o de Lucas con Marcos, podrían ser explicadas por el uso de fuentes o tradiciones que están en la base de ellos, o, incluso, por contactos literarios directos entre los evangelios; éste sería el caso del ministerio de los ángeles en Mateo y Marcos.

Nos interesa sobre todo el comienzo del relato. Mc 1,12 dice: «Inmediatamente, el Espíritu lo impulsa al desierto»⁸⁴. Muy cercano a Marcos es Mt 4,1: «Entonces, Jesús fue conducido al desierto por el Espíritu»⁸⁵. En cambio, Lc 4,1 presenta un matiz diverso: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán, y era conducido en el Espíritu en el desierto»⁸⁶. Con una sintaxis algo dura, «Lucas evita presentar al Espíritu como sujeto superior a Jesús (...). El sujeto de la acción es Jesús, que la realiza “en el Espíritu Santo”»⁸⁷.

Se ha discutido sobre la significación teológica y los motivos que llevaron a los evangelistas a incluir el relato de las tentaciones en sus respectivos libros⁸⁸. Todos los personajes importantes de la historia de la salvación han sido «tentados»: Adán y Eva, Abrahán, Moisés, etc., y el pueblo de Israel en su conjunto. Mateo 4,1 subraya que Jesús fue llevado al desierto «para ser tentado»⁸⁹. Según la perspectiva teológica acentuada de Mateo, en Jesús «se cumplen» las profecías del AT, siendo éste, en su conjunto, como una profecía general sobre el Cristo. En este horizonte teológico podemos ver una intencionalidad triple: 1) Las tentaciones de los patriarcas y profetas y del antiguo pueblo son figura anticipada de las «tentaciones» a que iba a ser sometido Jesús. 2) Las caídas de Adán y Eva, y del pueblo de Israel, que no supieron estar a la altura de las exigencias de su vocación, serían rectificadas por la fidelidad de Jesús a su propia misión. 3) La vida de Jesús es también un preludio y un modelo al que debe conformarse la vida de los cristianos y de la Iglesia, que será tentada por los poderes diabólicos.

Las tres tentaciones diabólicas de Jesús tienen en común la pretensión de seducirle para que utilice sus poderes en provecho propio, induciéndolo al camino fácil del triunfo: 1) Convertir las piedras en

83. Cfr. la discusión sobre este punto, por ej., en C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit. pp. 86-87.

84. Καὶ εὐθὺς τὸ πνεῦμα αὐτὸν ἐκβάλλει εἰς τὴν ἔρημον.

85. Τότε ὁ Ἰησοῦς ἀνήχθη εἰς τὴν ἔρημον ὑπὸ τοῦ πνεύματος.

86. Ἰησοῦς δὲ πλήρης πνεύματος ἁγίου ὑπέστρεψεν ἀπὸ τοῦ Ἰορδάνου καὶ ἦγετο ἐν τῷ πνεύματι ἐν τῇ ἐρήμῳ.

87. E. SCHWEIZER, *voz πνεῦμα*, cit., col. 469.

88. Cfr. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit. pp. 87-94.

89. Lucas es más suave: dice que «estuvo cuarenta días y fue tentado por el diablo» (Lc 4,2).

pan, cuando el hambre era terrible. 2) Provocarle a la presunción, para que pidiera a Dios un milagro innecesario como lanzarse desde el elevado ángulo de la muralla del Templo⁹⁰. 3) Ofrecerle el dominio sobre los reinos de este mundo.

La segunda tentación es típicamente satánica. Un lanzamiento desde la altura, en un sitio tan visible y ser tomado por los ángeles, constituiría para Jesús una manifestación espectacular de su mesianidad, que le iniciaría triunfalmente por el camino de la gloria. Pero la andadura de Jesús debía ir por otros derroteros, los de humildad, silencio y sacrificio⁹¹. Tampoco en el momento supremo de la Pasión, descenderá Jesús de la cruz (Mt 27,39-40). El rechazo por parte de Jesús nos desvela también el misterio de la vida de su Iglesia y de cada cristiano, que no han de poner su esperanza en triunfos fáciles, sino en la eficacia oculta de una vida sacrificada. La tentaciones de Jesús, por su fidelidad a Dios y la repulsa de la insidia diabólica, se convierten en reparación de las caídas de la humanidad y de cada persona⁹².

En conclusión: los tres relatos presentan las tentaciones con carácter «mesiánico»: van dirigidas a Jesús no en cuanto hombre ordinario, sino en cuanto Mesías.

AUTOCONCIENCIA MESIÁNICA DE JESÚS

Tras un sumario sobre los comienzos de la actividad pública de Jesús en Galilea (Lc 4,14-5), Lc 4,16-22 refiere la homilía que pronunció en la sinagoga de Nazaret. Toda la perícopa ha sido considerada por algunos como una *ouverture* lucana al ministerio de Jesús, una especie de «evangelio dentro del evangelio»⁹³. En efecto, en un episodio concreto se condensan las trazas de su ministerio público: acogida favorable y casi entusiasta en los comienzos; después, extrañeza, y hasta escándalo, de una parte de Israel; referencia a dirigirse a «otros»; reacción violenta contra Jesús, con intento de darle muerte⁹⁴. La primera parte (vers. 16-22), tiene como centro la cita de Is 61,1-2 y su comentario de «cumplimiento» en Jesús. Lucas subraya la trascendencia de lo que va a decir Jesús con la indicación de que «todos en la sina-

90. Tradicionalmente se señala el ángulo SE del recinto amurallado del Templo.

91. Cfr. I. GOMÁ I CIVIT, *El Evangelio según San Mateo I*, Ed. Marova, Madrid 1966, pp. 142-143.

92. Cfr. J.M. CASCIARO, *Jesús de Nazaret*, cit., pp. 183-185.

93. Cfr. H. SCHÜRMANN, *Das Lukas-Evangelium*, «Herders Theologischer Kommentar zum NT», Herder, Freiburg 1969, vol. I, p. 225.

94. Cfr. G. ROSSÉ, *Il Vangelo di Luca*, cit., p. 152. Las dos consideraciones últimas se encuentran en los vers. 23-30.

goga tenían los ojos fijos en él» (v. 20b)⁹⁵; con esa frase prepara también al lector⁹⁶.

Con el cumplimiento en sí mismo de la unción del personaje de la profecía isaiana, Jesús afirma ser aquel a quien se refiere el oráculo. «Estas frases, según San Lucas (vers. 18-19), *son su primera declaración mesiánica*»⁹⁷. La irrupción del Espíritu no se limita al personaje del oráculo de Isaías, sino que alcanza a todo el pueblo, en especial a los que sufren, a los pobres, oprimidos y enfermos. En la perspectiva del AT, «tanto en Isaías como en el resto del Antiguo Testamento la personalidad del Espíritu Santo está totalmente *escondida*: escondida en la revelación del único Dios, así como también en el anuncio del futuro Mesías»⁹⁸. Pero en buena hermenéutica cristiana, los textos del AT han de ser leídos a la luz del Nuevo, y éste se entiende mejor a la luz de la historia de la salvación⁹⁹.

El «hoy» del v. 21b indica el «año de gracia», el tiempo de salvación, precisamente en virtud del Espíritu de Dios con que está ungido Jesús y que él mismo derrama sobre las criaturas humanas de modo visible por las curaciones realizadas en Cafarnaún, cerca de Nazaret, de las que sus paisanos tienen noticia (v. 23c).

EL ESPÍRITU SANTO HABLA POR LOS PROFETAS Y POR LOS CRISTIANOS

El Espíritu Santo había hablado por boca de los profetas: Jesús: «Les volvió a preguntar: ¿Cómo, entonces, David, movido por el Espíritu, le llama Señor al decir: Dijo el Señor [Yhwh] a mi Señor [Adonay]: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a mis enemigos bajo tus pies?» (Mt 22,43-44)¹⁰⁰. Según los sinópticos, Jesús anuncia que el Espíritu Santo hablará también por medio de los discípulos: Mt 10,17b-

95. Ἦσαν ἀτενίζοντες αὐτῷ. El verbo ἀτενίζω, mirar con mucha atención, es muy usado por Lucas.

96. Sobre la significación teológica de Espíritu Santo en Jesús, en la homilía en la sinagoga de Nazaret, cfr. M. QUESNEL, en AA.VV., *El Espíritu Santo en la Biblia*, cit., pp. 29-34.

97. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, n. 3.

98. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 17.

99. Cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, cit., III, A,1-3 (pp. 80-85).

100. Cita de Sal 110,1. Cfr. Mc 12,35-36. «Forma parte de nuestra fe, tal como se formuló en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano, que el Espíritu Santo “habló por los profetas”. Los textos del AT, en los cuales se dice que el Espíritu Santo vino sobre tal o cual profeta, o sobre tal o cual sujeto que terminó profetizando, no son revelación expresa de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. El Espíritu Santo se entendía en esos pasajes como determinada actuación de Dios que le constituía en autor responsable de lo que aquellos hombres inspirados decían. Y así dice que “Dios habló por boca de sus santos profetas” (Lc 1,70; Heb 3,21). En el NT, en cambio, se atribuye a menudo esa acción a la persona del Espíritu Santo. Posiblemente Jesús hizo ya esa aplicación al decir, según Mt 22,43 y Mc 12,36, que David “movido por el Espíritu Santo”, llama Señor al Cristo» (S. MUÑOZ IGLESIAS, *El Espíritu Santo*, cit. p. 65).

20¹⁰¹. «No puede hacerse afirmación más cierta acerca de los cristianos de la primera generación que ésta: creían que ellos mismos estaban viviendo bajo la inmediata dirección del Espíritu de Dios»¹⁰². De los textos del NT se deduce que la primera comunidad cristiana es consciente de que el espíritu profético, que transmite la palabra, ha sido dado no sólo en el pasado salvífico (cfr. 2 S 23,2), sino también en el momento presente (cfr. Mc 13,11 y par.). Pero en el NT la donación del Espíritu es entendida en un sentido nuevo, porque el Espíritu que se derrama es un signo de la protección divina en la tribulación escatológica. En Mc 1,8 el Mesías Jesús «bautizará» con el Espíritu a la comunidad (cfr. Act 1,5; 11,16)¹⁰³. En los tres pasajes mencionados de Mc y Act el don del Espíritu es una experiencia vivida en la comunidad, no se le espera sólo para el porvenir, sino como don salvífico ya acaecido. Jesús, que posee plenamente el Espíritu es quien lo da a la comunidad después de la Resurrección (cfr. Lc 24,49; Act 2,33). En Jesús se revela el Espíritu de Dios, y a través de él llega a la Iglesia¹⁰⁴.

PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

Jesús habló expresamente del «pecado contra el Espíritu Santo». Los tres sinópticos recogen sus palabras. Los textos, en Mt 12,31-32; Mc 3,28-30; Lc 12,10. El enmarcamiento literario de los sinópticos es diferente, pero esta circunstancia no afecta ahora a nuestro propósito¹⁰⁵. Los estudiosos han hecho notar que la afirmación de Jesús, en la que declara imperdonable la blasfemia contra el Espíritu Santo, plantea dificultad al poder ilimitado de perdonar *prometido* a Pedro (cfr Mt 16,19) y a los Doce (cfr. Mt 18,18) mediante la imagen de atar y desatar, y *otorgado* después por el Resucitado con fórmula explícita (cfr. Jn 20,23). A partir de estos textos, la Iglesia ha creído siempre poseer el poder de perdonar, sin excepción, toda clase de pecados¹⁰⁶.

En la *S. Th.*, II-II. q. 14, Tomás de Aquino trató de la blasfemia contra el Espíritu Santo. Un párrafo del art. 3 de dicha q. 14 interesa

101. ¹⁹...no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar; porque en aquel momento os será dado lo que habéis de decir. ²⁰Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino el Espíritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros (Mt 10,17b-20).

102. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit., p. 15.

103. Cfr. E. SCHWEIZER, voz *πνεῦμα*, cit., col. 952.

104. Cfr. E. SCHWEIZER, voz *πνεῦμα*, cit., cols. 972-973.

105. «Mateo y Marcos sitúan el dicho de Jesús al final del episodio en el que los fariseos le acusan de expulsar los demonios por Beelzebul, príncipe de los demonios. Lucas lo presenta como dicho errátil fuera del contexto en que lo colocan Mateo y Marcos, que, por lo demás, él también refiere (Lc 11,14-26)» (S. MUÑOZ IGLESIAS, *El Espíritu Santo*, cit. p. 199).

106. Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, *op. cit.*, pp. 199-200.

especialmente: «El que blasfema contra el Hijo del hombre, no habiendo sido revelada su divinidad, podía tener excusa por la debilidad de la carne que veía en Él... pero quien blasfemaba de la misma divinidad, atribuyendo las obras del Espíritu Santo al diablo, no podía excusarse por ningún camino». Es la doctrina común en teología católica. «Según esta exégesis, la “blasfemia” no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, *en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo*, que actúa en virtud del sacrificio de la Cruz. Si el hombre rechaza aquel “convencer sobre el pecado”, que proviene del Espíritu Santo y tiene un carácter salvífico, rechaza a la vez la “venida” del Paráclito: aquella “venida” que se ha realizado en el misterio pascual, en la unidad mediante la fuerza redentora de la Sangre de Cristo... Sabemos que un fruto de esta purificación es la remisión de los pecados. Por tanto, el que rechaza el Espíritu y la Sangre permanece en las “obras muertas”, o sea en el pecado. Y la blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente *en el rechazo radical de aceptar esa remisión, de la que el mismo Espíritu Santo es el íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por Él en la conciencia*»¹⁰⁷.

EL MANDATO APOSTÓLICO UNIVERSAL (Mt 28,19)

Mt 28,19 contiene el mandato universal de bautizar. Lo que puede causar sorpresa no es la mención del Espíritu, sino el puesto que se le da junto al Padre y al Hijo. Esto implica dar a πνεῦμα un sentido del todo nuevo respecto de los textos del AT¹⁰⁸. La crítica histórico-literaria ha discutido sobre la historicidad del pasaje. Para unos, la fórmula trinitaria se debe al desarrollo doctrinal de la primitiva cristiandad, pasado un cierto tiempo, para dar lugar a la elaboración teológica. Según esta posición, difícilmente sería original de Jesús. Sin embargo, el razonamiento no pasa de ser conjetural¹⁰⁹. La aparición en Mateo de la fórmula trinitaria puede haber recibido influjo del uso litúrgico primitivo. Ahora bien, este uso, en materia tan relevante, difícilmente pudo «inventar» la fórmula. Es más razonable pensar que ésta debió de haber tenido una apoyatura clara en la enseñanza y aún en las mismas palabras de Jesús¹¹⁰.

107. JUAN PABLO II, Encicl. *Dominum et vivificantem*, n. 46. Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, cit., p. 200.

108. Cfr. E. SCHWEIZER, voz πνεῦμα, cit., cols. 960-961.

109. Mt 28,18-20 viene en todos los códices griegos y versiones antiguas, y en las citas de los escritores eclesiásticos y Santos Padres.

110. Cfr. J.M. CASCIARO, *Jesús de Nazaret*, cit., p. 443. «Una vez que junto a Dios se hubo puesto también el κύριος, era fácil que se añadiese también el πνεῦμα. No se trataba de una especulación acerca de sus relaciones recíprocas, sino de testimoniar que a Dios no se

CONCLUSIÓN

Es indiscutible que la Iglesia del siglo primero creía que el Espíritu Santo había sido derramado sobre ella de modo hasta entonces no experimentado en la historia bíblica¹¹¹. De que los sinópticos sean parcos en hablar del Espíritu Santo comparados con las Cartas de Pablo, el libro de los Hechos y el Evangelio de Juan, no debemos concluir que sólo las iglesias paulinas estuvieran interesadas por el don y la doctrina sobre el Espíritu Santo¹¹², ni que Lucas atribuyera en los Hechos a toda la Iglesia una visión que sólo fuese propia de algunos sectores, o que el Evangelio de Juan pusiera en labios de Jesús el contenido de la fe posterior.

Ya adelanté cuatro motivos que podrían dar razón del porqué en el Jesús de los sinópticos no encontramos un desarrollo de la doctrina sobre el Espíritu Santo. A esos cuatro motivos podemos añadir ahora un quinto: el propósito de los sinópticos, a diferencia los Hechos, del epistolario y del Apocalipsis, no es describir el desarrollo histórico de las primeras comunidades, ni resolver las cuestiones que la convivencia con la sociedad pagana presentaba, sino el anuncio de la salvación en Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, el Señor. Y hemos de concluir que en esa tarea, los sinópticos fueron fieles en no atribuir a Jesús en su predicación a las masas, ni los que en mayor intimidad explicaba a sus discípulos más allegados, ni en proyectar sobre tal predicación pública del Maestro la experiencia espiritual tras los acontecimientos de Pascua y de Pentecostés. Si en los escritos del corpus juánico se recuerda y se reflexiona sobre las palabras de Jesús en los discursos de adiós de la Última Cena, hay que buscar su causa, y su diferencia con los sinópticos, en el diverso propósito y el diferente *Sitz im Leben* del IV Evangelio, en el talante de «teólogo» de su autor, y en las necesidades de consuelo y confortamiento de las comunidades a las que va dirigido en primera instancia. Juan, como Pablo, hicieron los primeros desarrollos teológicos de la Pneumatología, de modo paralelo a como Lucas aportará para ella en el libro de los Hechos datos imprescindibles, según su marcada teología narrativa. Los sinópticos se movieron, pues, preferentemente en la transmisión sencilla, sin desarrollos teológicos explícitos, de la enseñanza de Jesús en su ministerio público.

puede acceder por vía lógica como final de un sistema monoteístico, sino que se le encuentra sólo allí donde Él mismo se hace contradicho a la comunidad, esto es, en el Hijo, o —cada uno en particular— en el Espíritu, en el que el individuo adquiere la experiencia de este encuentro con el Hijo» (E. SCHWEIZER, voz *πνεῦμα*, cit., cols. 960-961).

111. Cfr. C.K. BARRET, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, cit., pp. 16-17.

112. Pablo, en efecto, tuvo que entrar en controversia con otros cristianos sobre diversas cuestiones, pero no nos consta que jamás tuviese que defender la realidad de los dones del Espíritu de que gozaban algunas de las comunidades por él fundadas.

